

# 1 Fofa

–¡Mamá! –llamé desde mi habitación–. Mis jeans negros se encogieron con el lavado.

Mamá apareció desde la cocina.

–¿Estás segura? Nunca antes les había pasado eso.

–Tal vez los lavaste con agua demasiado caliente –dije, volviendo a entrar a mi dormitorio. Era la clase de cosas que ella era capaz de hacer si no estuviera la señora Dawson, nuestra empleada doméstica, para encargarse de estas cuestiones como se debe. Mamá es impecable con su aspecto y le gusta que la casa esté inmaculada, pero es un desastre para las tareas domésticas. No sería la primera vez que tiñe de azul o rosa toda una tanda de prendas blancas, y ayer, a mi regreso del viaje escolar, puso mi ropa en la lavadora a toda prisa, para que tuviera qué ponerme hoy. Es una suerte que no tengamos mascotas en esta casa, pues probablemente también acabarían en la máquina por error.

Me tendí en la cama para intentar una vez más subirme la cremallera de los jeans. Contuve el aliento y jalé... Nada. Volví a repetir la operación... pero no había caso. El cierre no se movía. Sin duda, se habían encogido. *Qué mal, pensé. Y justamente mis jeans preferidos. Los que me hacen ver más delgada.*

Mientras estaba hurgando en el ropero en busca de algo que ponerme, apareció mamá en la puerta.

–¿No tuviste suerte? –preguntó, al ver los pantalones en el suelo.

–No. Decididamente se encogieron.

Mamá se quedó un momento allí de pie, incómoda.

–Este... por casualidad, ¿no habrás engordado un poquito en Italia? –preguntó.

–Imposible –respondí–. Con todo lo que caminamos por Florencia, más bien tengo que haber bajado de peso. Al fin y al cabo, no estaba tan gorda.

*Salvo por el helado, la pizza, las pastas y... cielos, mejor voy a pesarme,* pensé, y me dirigí al baño. Crucé los dedos y me subí a la balanza.

–No puede ser –exclamé, al ver lo que marcaba–. ¡No puede ser! Este aparato anda mal.

Mamá esperaba fuera del baño.

–¿Y? –preguntó.

–La balanza anda mal –respondí, al salir–. Es obvio que en esta casa nada funciona correctamente.

Mamá sonrió.

–No te preocupes. Te ves bien.

Ella no entiende. ¿Cómo podría hacerlo si es delgadísima y puede comer lo que se le antoje sin engordar un gramo?

–No es cierto –repliqué–. Esto es un desastre.

Volví a mi dormitorio y me observé largamente en el espejo. De frente, de espaldas, de perfil. *Puaj. Qué horrible. Fofa, fofa, fofa.* Mamá y papá solían llamarme flaquita. *¡Ja! Qué risa. Lo habré sido alguna vez, pero ya no,* pensé, escondiendo la barriga hasta donde podía. El único personaje famoso al que me parecía ahora era Miss Piggy. *Ay, demonios. No cabe duda de que engordé y no puedo echarle la culpa al espejo.*

Hice cuentas mentalmente. *De acuerdo, aumenté dos kilos en Navidad y Año Nuevo. Pero todo el mundo engorda para esas fechas, y no era precisamente mi culpa: mucha gente me regaló bombones. Habría sido descortés no comerlos. Y con todo lo demás que hay en esa época del año: budín, pastel de carne, papas asadas, pavo relleno... ¿cómo se hace*

*para no engordar? Pero ¿un kilo y medio más durante el viaje escolar en las vacaciones? ¿Cómo pasó eso? Dos más uno y medio. Son casi cuatro kilos. Dos, vaya y pase, pero ¿cómo puedo disimular cuatro kilos? Es imposible.* En Italia, solo teníamos un espejo pequeñito en el baño del hotel, y por eso no me había dado cuenta de cuánto había aumentado, pero ahora que estoy en casa puedo verlo bien. Y es grave. *Ya está: no volveré a salir. No puedo aparecer así en público. Así que me quedaré en casa hasta que baje de peso. No. Voy a esconderme debajo de la cama y a matarme de hambre hasta que pueda volver a mostrarme.*

–Izzie –me llamó mamá–. Apúrate. No voy a esperarte todo el día, y ya estamos retrasadas.

*Dios mío*, dije por lo bajo, mientras me ponía unos jeans viejos abolsados. *Algo tiene que cambiar por aquí. Y rápido.*

Al llegar a la escuela, esperé en el portal a mis amigas, Nesta, TJ y Lucy. Todas habíamos hecho el viaje escolar y me moría por saber qué había pasado la noche anterior, al regresar cada una a su casa. Habíamos tenido una sorpresa asombrosa en el aeropuerto. Acabábamos de salir del área de arribos cuando TJ divisó a un chico con un enorme ramo de rosas al final de la hilera de gente que esperaba a los pasajeros. Era Tony, el ex de Lucy (y hermano de Nesta). Habían tenido una gran pelea justo antes de que nos fuéramos a Florencia y habían cortado la relación, pero allí estaba Tony con las flores y se fueron juntos. Fue muy romántico.

Yo había hablado con Nesta al llegar a casa para averiguar qué había pasado después, pero solo sabía que Tony estaba en lo de Lucy. Todas la habíamos llamado al celular pero estaba apagado y, cuando intentamos con el teléfono fijo, su hermano Lal dijo que estaba ocupada y no se la podía molestar. *Recuérdeme que lo mate cuando lo vea*, pensé. Seguro que se pasó todo el tiempo con la oreja pegada a la puerta de Lucy. Es un entrometido y siempre está hurgando en nuestras cosas, y, en especial, en nuestra vida amorosa. Probablemente porque él no la tiene.

El caso es que, a la hora de dormir, la última novedad sobre la situación de Lucy y Tony era que seguían “en conferencia”. Si quieren saber qué pienso, seguramente sería una conferencia de besos. Pero ¡qué suspenso! Me moría de curiosidad.

Al cabo de un rato, el *BMW* del papá de Nesta se detuvo junto a la parada del autobús. No pude sino sonreír al verla bajar del asiento trasero. Estaba vestida toda de negro, con una chalina sobre los hombros, el pelo recogido en una cola de caballo y, aunque era un día gris de invierno, traía puestos los anteojos de sol de *Gucci* que le había prestado su mamá para el viaje. Con su aspecto exótico (es mitad italiana, mitad jamaicana), es bellísima, pero hoy parecía una modelo italiana de *Vogue*. Era típico de Nesta. Le encantaba llamar la atención al llegar, aunque fuera a la escuela.

–Recuerda siempre, querida –dijo, simulando un acento italiano, cuando se acercó hasta mí y se quitó los anteojos–, que donde sea que estemos, no debemos olvidar nuestro sentido de la elegancia.

–No me digas –respondí, al verla examinar mi ropa holgada.

–¿No habíamos decidido ser súper sofisticadas al volver de Italia? –preguntó–. ¿Decidiste volver al look *grunge*?

–Mamá puso mis jeans en la lavadora y se encogieron, y el resto de mi ropa no alcanzó a secarse...

–Qué feo estar de vuelta, ¿no? –me interrumpió, al tiempo que se recostaba contra el portal y volvía a colocarse las gafas.

–Ya lo creo –respondí, y divisé a TJ bajando el autobús y saludándonos de lejos.

–Hola –dijo, al llegar–. ¿No les parece increíble? Volver a la rutina de siempre. El viaje a Italia ya parece un sueño.

Al menos, TJ estaba vestida normalmente. Tras una semana en uno de los sitios más elegantes de Europa, ella seguía prefiriendo los jeans con un suéter. Pero se veía muy delgada con ellos. *Diablos*, pensé; ¿alguien se habrá dado cuenta de que me convertí en una gorda fofa?

Nesta se envolvió en su chalina.

–Sí –comentó–. Deberían habernos dado otra semana de vacaciones para adaptarnos a Inglaterra. Aquí hace mucho más frío.

–¿Y bien? –pregunté–. ¿Qué hay de nuevo sobre Lucy y Tony? ¿Alguna de ustedes la vio?

Nesta puso los ojos en blanco.

–Lo único que sé es que Tony estuvo todo el tiempo en casa de Lucy. Volvió tarde y se encerró en su habitación, y esta mañana, cuando me levanté, ya se había ido. Ya saben cómo es él, no es muy comunicativo con respecto a su vida amorosa.

–¿Todo el tiempo? –repetí–. Parece que están juntos otra vez.

–Puede ser –dijo TJ–. Así que mejor nos preparamos para otra telenovela.

Hace más de un año que Tony y Lucy salen en forma intermitente. Por lo general, los problemas comienzan cuando Tony empieza a presionarla para llegar más lejos de donde ella quiere en la intimidad. Por eso se separaron la última vez: porque Lucy no quiso saber nada con eso y él respondió que no podía seguir así. Parte del problema es que Tony tiene dieciocho años y ella ni llega a los quince y siente que no está lista para acostarse con él. Hacen una pareja extraña, en realidad, porque él es alto y moreno y Lucy es bajita (o menuda, como ella prefiere decir) y parece un duendecillo rubio. Justo antes de que viajáramos a Florencia, Tony decidió que la relación no iba a funcionar, pero obviamente cambió de idea mientras estábamos lejos.

Cuando sonó el timbre, Lucy aún no había aparecido y, aunque nos demoramos cuanto pudimos, al final tuvimos que entrar para no arriesgarnos una sanción.

Luego, en la hora doble de Lengua, Lucy seguía sin aparecer, de modo que me resigné a tener que esperar hasta el recreo para llamarla. El señor Johnson, nuestro profesor (que también acababa de llegar de Florencia) optó por lo más fácil. Al menos, para él. Nos pidió que escribiéramos una redacción sobre “Qué hice en las vacaciones”. *¿Qué cosa original podíamos escribir?*, me pregunté. Después se quedó dormido.

–“Los frescos de Florencia”, coloqué como título.

Veinte minutos más tarde, había escrito apenas cuatro líneas.

Caminé mucho.

Vi cantidades de iglesias y de frescos.

Comí mucho. (Cielos, sí, pero cómo lo disfruté. ¿Quién dijo eso de "un minuto en la boca, toda la vida en las caderas"? Me gustaría conocerlo para poder matarlo.)

Besé mucho. (En el vuelo de ida conocí a un chico fabuloso llamado Jay. Él también viajaba con su escuela y el grupo se alojó en el mismo hotel que nosotros. Al principio, pensé que el destino nos había juntado, pero luego nos enteramos de que todas las escuelas del norte de Londres siempre van al mismo hotel porque les hacen un descuento. Boleto de avión y alojamiento para esos horribles adolescentes ingleses, algo así. El caso es que su escuela no está muy lejos de la nuestra, de modo que... más novedades próximamente. Espero volver a verlo.)

Borré esa última oración porque seguramente el señor Johnson no querría leer sobre mis festines de besos, y traté de concentrarme en la redacción. Era difícil después de una semana de vacaciones. Como si se me hubiera descargado la batería del cerebro. TJ escribía sin parar. Claro, era obvio. Le encantó Florencia porque le gustaban la historia, la literatura y todas esas cosas. Es súper inteligente. Su dirección de correo electrónico es bellaconcerebro, porque también es muy linda, aunque ella no lo crea, y los chicos siempre la miran. Tiene un hermoso pelo largo, oscuro y una boca ancha y carnosa que podría servir para hacer publicidades de inyecciones de colágeno, solo que la suya es natural.

Nesta parecía tan aburrida como yo. Se puso bizca, hizo una mueca y me arrojó su goma de borrar con la regla.

–¡Ay! –exclamé, cuando me dio en el costado de la cabeza, y lamentablemente el señor Johnson se despertó.

–¿Qué... dónde... cómo? –balbuceó, saliendo de su sopor.

Era obvio que él tampoco terminaba de aterrizar.

No bien sonó el timbre del recreo, salimos al corredor y llamé a Lucy.

–Hola, vaga –le dije, cuando me atendió–. ¿Qué pasó?

–Mamá pensó que aún no me había repuesto del todo de mi intoxicación en Florencia y me dijo que me tomara el día.

–Bah –dije–. Qué suerte tienes. Pero me refería a qué *pasó*.

–Ah, eh... me dijo que bebiera mucho líquido...

–¿Qué pasó con *Tony*?

–Y que descanse...

–Ah... ¿Hay alguien contigo? ¿No puedes hablar?

–No. Digo, sí. Está mi mamá, haciendo de enfermera, como Florencia Nightingale. ¿Tú crees que habrá estado en Florencia alguna vez? Florencia Nightingale, digo. Entonces sería Florencia en Florencia.

–Cállate, Lucy. Es obvio que estás delirando. ¿Quieres que vayamos después de clase?

–Síiiiiii.

Cuando terminó la escuela, llevé a imprimir mis fotos de las vacaciones y todas fuimos directo a la casa de Lucy.

La encontramos sentada en la cama, rodeada de revistas y pintándose las uñas de color turquesa. Se la veía perfectamente bien. Más que bien. Descansada, relajada, y había tenido tiempo de arreglarse el pelo y las uñas. *Qué suerte tienen algunas.*

–Gracias a Dios que vinieron –dijo–. Estaba aburridísima.

–Pues yo te veo genial –comentó Nesta, mientras se sentaba a los pies de la cama–. Así que no esperes compasión. Tuviste el día libre mientras nosotras tuvimos que sufrir la tortura de dos horas de Lengua y otras dos de Matemáticas, todo el mismo día. A veces la vida es demasiado injusta.

Reí. Nesta sería una pésima enfermera.

–¿Cómo estás? –preguntó TJ, que sí sería buena enfermera pues siempre toma en cuenta a los demás y lo que les pasa.

–Bien, gracias –respondió Lucy–. Pero esta mañana me sentía un poco descompuesta. En serio.

–No me digas –repuso Nesta–. ¿Y bien? Habla. ¿Qué está pasando entre tú y la rata de mi hermano?

–Cierra la puerta –pidió Lucy.

TJ obedeció rápidamente y todas miramos a Lucy con atención.

–¿Y bien? –repitió Nesta.

–Nada –respondió Lucy.

–¿Nada? –preguntó Nesta–. ¿Qué significa eso?

–Le dije que no voy a volver con él. Vamos, un ramo de flores y piensa que voy a caer rendida a sus pies. ¡Por favor!

–Vaya –intervino TJ–. Yo lo habría hecho. Me pareció muy romántico.

–Sí, pero en realidad no cambia las cosas –repuso Lucy.

–Y ¿por qué fue al aeropuerto? –inquirió TJ–. *¿Avec les fleurs?*

–Dijo que había pensado mucho durante mi ausencia y que se había dado cuenta de que prefería estar conmigo sin tener relaciones sexuales antes que tenerlas con alguien que en realidad no le importaba.

–Bien dicho –afirmé–. Le gustas mucho, pero mucho, ¿no?

–Y él a mí, también –respondió Lucy–. Eso no va a cambiar nunca. Pero no voy a volver a la situación en que estábamos. Vamos, piénsenlo. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que otra vez se pusiera inquieto y empezara con las manos? ¿Un mes? ¿Una semana?

–Conociendo a mi hermano, un día –dijo Nesta–. No: una hora.

–Exacto –comentó Lucy.

–Entonces, ahora ¿qué? –preguntó TJ.

–Cada uno sigue por su lado. El viaje a Florencia me ayudó en ese sentido. Le dije que no voy a volver con él.

–Y ¿cómo lo tomó? –pregunté.

–Dijo que no se dará por vencido –respondió Lucy y sonrió.

Nesta suspiró y se dejó caer sobre la cama.

–Ay, ya empezamos otra vez.

–En realidad, no –dijo Lucy–. Puedo ser muy terca cuando me lo propongo. Hablo en serio. Además en septiembre se irá a la universidad, y entonces probablemente terminaríamos de todos modos.

–Pero ¡falta muchísimo para eso! –exclamé–. Casi siete meses.

–¿Y qué? –replicó Lucy–. ¿Te imaginas, si volvemos a estar juntos? Me pasaría siete meses rogando que no llegara septiembre, por eso prefiero cortar ahora.

Nesta se incorporó.

–De acuerdo. Bien. Sigue adelante. Nosotras también lo haremos. Un nuevo capítulo en el libro de nuestra vida. Entonces, repasemos la situación –agregó y me miró–. Señorita Foster, tome nota.

Me acomodé como una secretaria, sosteniendo un cuaderno y una pluma imaginarios, lista para escuchar el plan de Nesta. A ella le encanta hacer planes y que todo el mundo la acompañe.

–De acuerdo –dijo Nesta–. Lucy. Libre. Buscar novio.

–Eh... no necesariamente –comentó Lucy.

–Señorita Foster, tache eso –indicó Nesta–. Lucy. Libre. No busca novio.

–Bueno, tampoco eso. Quiero mantenerme abierta.

Nesta suspiró.

–Está bien. Lucy. Confundida como siempre. Sigue con su vida. Tj. ¿Vas a volver a ver a ese chico, Liam, a quien conociste en las vacaciones?

Tj se encogió de hombros.

–No lo creo. Tal vez como amigo, pero nada más. No me atrae.

–De acuerdo. Tj. Libre. ¿Quieres conseguir novio?

Tj volvió a encogerse de hombros.

–Tal vez sí, tal vez no.

Nesta lanzó un profundo suspiro.

–Dios mío, chicas, por favor. Demuestren un poco de entusiasmo. Bueno. Yo. Sin novio. Dejé al amor de mi vida en Italia y no sabe escribir en inglés, de modo que no habrá cartas de amor. Qué mal, pero, como

dice Lucy, la vida continúa y precisamente por eso planteé este tema. Mi filosofía es que la mejor manera de olvidar a un chico es buscar una distracción. Preferiblemente, otro chico.

Reí. *No tardó mucho en recuperarse*, pensé. En el avión, durante el regreso, era Marco esto y Marco aquello, pero apenas lo había conquistado la última noche, de modo que no habían tenido toda la semana para enamorarse. Lucy, en cambio, había pasado casi toda la semana con alguien: se había enganchado con un chico estadounidense encantador llamado Teddy, pero vive del otro lado del mundo, de modo que no es muy probable que pase nada en temporada de clases.

–Ey, ¿le contaste a Tony sobre Teddy? –le pregunté.

–No pienso hacerlo –respondió–. Al menos, no toda la verdad. Le dije que allá conocimos a miles de chicos y que nos divertimos mucho. Me pareció que no quería detalles, lo cual fue un alivio y, como Teddy vive en Estados Unidos, no es probable que surja el tema.

–Sí –dijo Nesta–. Necesitamos chicos que vivan por aquí.

–¿Y William, Nesta? –le pregunté–. Tú no eres de dejar escapar a un chico así de lindo.

Nesta hizo una mueca.

–¿El amigo de Luke? Sí. Lo pensé por un nanosegundo, pero lo taché de la lista. Es amigo de Luke. No quiero verlo ni de lejos.

TJ miró el suelo. Creo que aún se sentía incómoda por la situación con Luke. Antes de Navidad, él salía con Nesta pero también trató de conquistar a TJ, y creo que ella se enamoró de verdad y pensó que era su alma gemela. Todo se complicó mucho y casi terminamos por separarnos como amigas, porque yo tomé partido por TJ y Lucy, por Nesta. Al final, decidimos que no valía la pena perder nuestra amistad por un chico en quien no se podía confiar. Pero creo que TJ quedó un poco herida y no le gusta hablar mucho de él. Es una lástima lo de William. Lo conocimos cuando terminó todo: parecía muy simpático y era obvio que le gustaba Nesta. Pero era comprensible que ella no quisiera relacionarse con él, por ser amigo de Luke.

–¿Y tú, Izzie? –preguntó Nesta–. ¿Vas a ver a Jay?

–Eso espero –respondí. Había llegado el momento de plantear la pregunta que había deseado hacerles todo el día–. Escuchen, chicas. Necesito que me digan algo y tienen que ser muy, pero muy sinceras...

–Parece algo serio –observó Nesta.

–Lo es. Quiero que me den su opinión: ¿les parece que engordé?

Nesta, Lucy y TJ se miraron.

–No –respondió TJ al cabo de un rato largo–. No lo creo. Bueno, todas engordamos un poco. Así que... no más que nosotras.

–¿Eso es un sí o un no?

–Te ves genial, como siempre –dijo Lucy, mi aliada en todo momento–. Ni lo pienses.

–Lamentablemente, tengo que pensarlo. Los jeans no me cierran.

–Bueno... –dijo Nesta–. Ya que nadie te está diciendo la verdad, sí, engordaste un poquito. Lo noté en Italia, en realidad, y no quise decir nada, pero...

–Nesta –la interrumpió Lucy–. Siempre estás metiendo la pata. De hecho, no haces otra cosa cada vez que abres la boca.

–Un momento, eso no es justo –protestó Nesta–. Ni siquiera me dejaste terminar. Sí, Izzie, aumentaste un poquito pero no es para tanto. No se te nota. Eres la más alta de las cuatro, así que no es un gran problema.

–Bah. Yo diría que sí es un gran problema. Y la grande soy yo, para ser exacta. Díganme con franqueza: ¿estoy gorda?

–Para nada –respondieron a coro TJ y Lucy.

–¿Estoy igual que Angela Roberts, de undécimo año? –inquirí mientras me ponía de pie y les mostraba la barriga–. ¿Ven? Parezco embarazada.

–Por favor –dijo TJ–. Estás exagerando.

–De acuerdo, entonces ¿qué tengo más grande: la panza o las piernas?

TJ y Nesta intercambiaron una mirada y, antes de que me diera cuenta, le habían sacado una almohada a Lucy, me derribaron al suelo y la pusieron contra mi cara.

–Por Dios, deja ya de decir que estás gorda –dijo Nesta–. No estás gorda, no estás gorda, no estás gorda. Tienes curvas.

¿*Curvas?*, pensé, al tiempo que trataba de quitármelas de encima. ¿*Curvas?* Era una manera amable de decir gorda. *Curvas. Ay, caramba.* Me arrepentí de haberles preguntado.

Al llegar a casa, sentí un atractivo aroma a cebolla y albahaca. Mamá había preparado pastas con salsa de tomate, crema y queso parmesano. Todas las calorías. No podía comer eso aunque tenía hambre. Apenas había probado bocado en todo el día. En el almuerzo, mientras Nesta y TJ devoraban sus sándwiches, yo eché el mío a la basura y comí solo la manzana. Más tarde, en casa de Lucy, cuando su mamá nos trajo té con galletas, no toqué ni una.

Rápidamente comprobé que mamá y Angus (mi padrastro) estaban mirando televisión y volví a la cocina. *Así tiene que ser*, pensé, arrojando mi cena en la basura y escondiéndola debajo de un papel para que mamá no lo notara. Luego me unté dos galletas dietéticas con crema de vegetales. Debo aceptar que para ser bella hay que sufrir.

Un par de horas más tarde, cuando fui a acostarme, me rugía el estómago y no podía pensar en otra cosa que en comida. Recordé la canción de la comedia musical *Oliver!*: “*Comida, gloriosa comida... salchichas con mostaza... Y ya que estamos, manzanas al horno con flan...*”. O algo así. A continuación, empezaron a pasar por la pantalla de mi mente platos de pastas calientes, papas al horno con mantequilla, pan tostado con mermelada, pastel de chocolate y magdalenas de arándanos. *Me muero de hambre*, pensé, mientras mi cuerpo se levantaba de la cama por voluntad propia, como sonámbulo, bajaba la escalera y entraba a la cocina para hurgar en el refrigerador. *Comenzaré mañana*, me dije, al tiempo que me preparaba una taza de chocolate caliente, un trozo enorme de pan integral con mantequilla y mermelada de frambuesa, dos galletas y una porción de pastel con cobertura de mazapán.

*Qué alivio, ya me siento mejor*, pensé, y me fui a dormir llena de buenas intenciones para el día siguiente.

Comamos y bebamos que mañana, tal vez, haremos dieta.